



VIII

ESPIRITISMO Ó MAGIA  
ANTIGUA

---

Tertuliano en el siglo II exclamaba: "Los magos evocan fantasmas; interpelan las almas de los muertos, después de provocar apariciones sacrílegas; hacen pronunciar oráculos á los niños; operan maravillas, girando en torno de un círculo preñado de prestigios, y cuando quieren, sumergen á sus víctimas en el sueño; cosas todas que verifican por mediación del demonio, del mismo modo que ejercen el arte adivinatorio *en torno de las mesas.*"

Todos los Padres de la Iglesia—agrega el abate Moigno, el insigne físico—desde Tertuliano hasta San Bernardo, han usado el mismo lenguaje, y ni Porfirio, ni Celso, ni Juliano el apóstata, han podido negar la realidad de esos fenómenos. (1)

En pleno siglo XIX, en 1848, año notabilísimo en la historia eclesiástica, se renovaron los prestigios de la magia antigua, comenzando á producirse en los Estados Unidos de América en la casa de la familia Fox, los fenómenos de percusión y rotación de mesas y otros objetos, después tan generalizados, y los de comunicación con seres invisibles, sin duda inteligentes, á decir de los testigos presenciales.

Y téngase en cuenta que la primera de esas comuni-

caciones de que hay noticia, verificóse después de una evocación á Satanás, circunstancia á la que el autor incrédulo que la refiere (Dr. Gibier, antiguo interno de hospitales en París) no da importancia alguna, pero que merece considerarse por los que creemos que tales fenómenos, en caso de no ser imposturas, son prestigios diabólicos, al menos en algunos de sus grados. (2)

El espiritismo se propagó velozmente, sin que le sirviera de valla el materialismo reinante, así en América como en Europa, y en 1854 (fecha también memorable en los fastos religiosos del mundo) quince mil personas alarmadas por el desarrollo formidable de tan dañosa superstición, pedían al Parlamento de Washington la providencia de medidas encaminadas á extirpar el mal. (3)

Tras la familia Fox, aparecieron en América y Europa, Home, Allan Kardec (4), Slade y otros muchos; y el Doctor Gibier, quizá con alguna exageración, dice que en 1886 se contaban en París más de cien mil espiritistas. (5)

Al menos habrá de dársele *crédito respecto* de su estadística de periódicos de la *religión nueva*; estadística referente, según entendemos, á 1886 y que es la siguiente: 13 revistas ó periódicos espíritas en francés; 27 en inglés; 36 EN ESPAÑOL; 5 en alemán; 3 en portugués; 1 en ruso; 2 en italiano; 1 francoespañola, en Buenos Aires, y otra francoalemana en Ostende. Total: 89 periódicos ó revistas en todo el mundo, lo que no es poco para una *religión* incipiente. (6)

La Iglesia, como era natural, apresuróse á condenar la superstición nueva, declarando, sin afirmar ni negar nada acerca de hechos concretos, que si producían los fenómenos seres del orden sobrenatural, éstos no eran ni las almas de los muertos, ni los espíritus bienaventurados, sino los demonios. (7)

Sin apelar á argumentos teológicos que los hay excelentes, el simple sentido común enseña la verdad. Si no se trata de meras imposturas, ó de fenómenos materiales y psíquicos, que pueden pertenecer al orden natural, aunque la ciencia no esté en aptitud de explicarlos aún (la simple rotación de las mesas por la voluntad del operador, v.gr.) sino de comunicaciones con seres invisibles inteligentes, éstos no pueden ser los án-

geles ni siquiera las almas humanas, porque sería indigno de ellos mostrarse chocarreros y burlones, cuando no procaces y desvergonzados (8); usurpar la misión de los sacerdotes cuando pretenden enseñar; decir cosas contrarias á la fe y á las buenas costumbres y hasta emplear para sus prestigios instrumentos ruines. Por eso aún antes de que Roma hablase, ya todos los Obispos, en donde la superstición asomaba la cabeza, la condenaban enérgicamente, y ningún católico que conozca su religión y ni aún los protestantes honrados y de buena fe, pueden prestarse á esas prácticas, obra, si no de la impostura, del demonio.

Se ha creído por algunos, que la Iglesia, al condenar el espiritismo, incurre en la necedad de reputar ciertos los fenómenos que se le atribuyen. La necedad es de los que juzgan así. La Iglesia no puede examinar hecho por hecho, ni incurre en el candor de no suponer, aún atribuyéndole sólo facultades humanas, que muchos de esos prestigios pueden ser imposturas, inventadas por el fraude, ó por imaginaciones enfermizas. Condena esas prácticas, porque en principio sabe que los espíritus malignos pueden comunicarse con los hombres, y porque si las comunicaciones espíritas son reales, no pueden tener por agente invisible más que el ángel del mal. Encargada de velar por la pureza de la fe y de las costumbres, prohíbe esos prestigios, reales ó no, sólo por el hecho de que pueden serlo. Al revés, muchos excelentes católicos, grandes sabios también, han dudado de la realidad de tales fenómenos, y oíd al abate Moigno de cuya ortodoxia y sabiduría no se puede dudar:

“He leído todo lo que se ha escrito acerca de la demonología; he asistido á numerosísimas experiencias, no de espiritismo, que me parecen muy ridículas y absurdas, sino de magnetismo y de mesas giratorias. Miembro de una comisión encargada de adjudicar un premio de diez mil francos al que leyera una carta cerrada, género de clarividencia que se dice ser común, he tenido oportunidad de poner á prueba la pretensión y el talento de magnetizadores de renombre, y nunca esta maravilla se ha obrado delante de mí. Los otros físicos no han sido más felices ni más privilegiados. Al contrario, siempre que un sabio juicioso ó una socie-

dad erudita, han sido invitados á presenciar hechos extraordinarios de magnetismo ó de espiritismo, no solamente no han visto nada, sino que siempre han puesto en evidencia la mala fe ó la superchería."

"Se podrían, pues, tener estos hechos como no sucedidos; pero sería irracional, después de un testimonio tan fidedigno como el de la revelación, la tradición y la historia, poner en duda la terrible acción de los demonios sobre el mundo y el hombre, ó la posibilidad de pactos culpables con las potencias infernales." (9)

En efecto, cuando se leen imposturas como las que presencié un Archiduque de Austria hace pocos años (10), las de los hermanos Davempont (11), las de Huguet en tiempo del Mariscal de MacMahon (12), y sobre todo, ese drama espantoso de las brujas de Massachusetts, que nuestro insigne escritor García Icazbalceta refiere menudamente y prueba hasta qué punto los prejuicios supersticiosos pueden engañar á un Juez, aunque disponga de muchos elementos de investigación (13), el ánimo se previene en contra de los fenómenos espíritas, inclinándose, salvo el caso de pruebas inconcusas, á reputarlos miserables falsedades, no por eso menos indignas ni pecaminosas hasta para el simple espectador.

Pero á pesar de la opinión de Moigno, ó más bien dicho, ya que este sabio no opina en principio en contra de los fenómenos; á pesar de su afirmación de no haber descubierto lo sobrenatural en la investigación que de varios de ellos practicó, nos inclinamos á creer, con muchísima probabilidad, en la certeza absoluta de algunos.

Las investigaciones de la sociedad dialéctica de Londres, llevadas á cabo en 1869 por numerosa comisión de verdaderos sabios, pocos de ellos creyentes absolutos, algunos sólo á medias, pues sin negar la realidad del hecho le atribuían causa meramente natural, y la mayor parte enteramente escépticos, (14) dieron por resultado las siguientes conclusiones que afirman la existencia:

1a: De ruidos y de vibraciones, producidos por acción no muscular, ni mecánica;

2a: De movimientos de cuerpos graves sin acción

muscular ni mecánica, y frecuentemente sin contacto ó conexión con nadie;

3a: De ruidos que, por medio de una clave de señales, responden á las preguntas que hacen los circunstantes, y de manera inteligente;

4a: Del hecho de que, si las comunicaciones del agente invisible son por lo común baladís, se refieren algunas veces á cosas conocidas sólo por los presentes;

5a: Del hecho de que la presencia de ciertas personas es favorable á la producción del fenómeno y contraria la de otras, sin que las opiniones profesadas por estas últimas, acerca del fenómeno dicho, influyan en algo para la producción de éste." (15)

El físico y químico inglés, sabio de primer orden, Mr. William Crookes, comprobó el juicio de la comisión y fué más adelante en sus investigaciones, al grado de poder certificar el fenómeno de la materialización, ó sea de la reincarnación de un espíritu.

En la nota, para no alargar demasiado este capítulo, insertamos sus conclusiones. (16)

Ya, como se ve, el dictamen de una comisión de sabios, personas distinguidas y honradas, prueba mucho, más si á ello agregamos el dicho del Dr. Gibier (17), que asegura haber practicado por sí mismo con el medio Slade diez experiencias semejantes á las de Crookes; el del astrónomo alemán Zoellner; el de los quince mil representantes al congreso de Washington, y otras muchas noticias que citaremos en las notas, la inclinación á no creer causada por las imposturas mencionadas, queda vencida casi enteramente y si no nos atrevemos á formular juicio definitivo en el sentido de la verdad de los fenómenos y de su origen extra-natural, es porque no quisiéramos hacerlo sino hasta haber hecho estudio más detenido del asunto, con más acopio de datos y opiniones.

Para nuestro objeto, baste decir que el espiritismo, impostor ó no, es satánico, como es satánica la idolatría, aunque no se consiga por medio de los ídolos entrar en relaciones con el demonio, y de todos modos, las prácticas espíritas resultan abominales, pues son contrarias á la fe, corruptoras de las costumbres y causa directa, muchas veces, de la locura y del suicidio.

M. Nus refiere que una mesa giratoria profetizó

"que la *Religión nueva* (así se llama pomposamente el espiritismo) transformará el viejo mundo católico, ya cuarteado por los golpes del protestantismo, de la filosofía y de la ciencia." (18)

Gibier, que por cierto, aunque se declara naturalista, no es enemigo de la religión nueva, sino muy al contrario, pues parece espiritista disfrazado, manifiesta sin ambages: "Es preciso decir que ciertas comunicaciones son ateas, otras hasta materialistas; que entre los Mormones los espíritus predicán la poligamia, y que hemos leído conferencias reveladoras de que las prácticas aborticidas, tan generalizadas en los Estados Unidos, encuentran en el otro mundo complacientes defensores." (19)

¿Cómo conciliar todo esto? Los libros de Allan Kardec dan pronta respuesta; ¡vaya una dificultad! "Todo se explica por el hecho de que los espíritus que se revelan, son amenudo espíritus inferiores, lo que nos da la razón de que ciertas comunicaciones, SEAN VULGARES, TRIVIALES Y HASTA OBSCENAS!" (20)

Hé aquí al espiritismo declarándose demoniaco por boca de su gran apóstol Allan Kardec, pues los *espíritus inferiores que dicen obscenidades* no pueden ser los ángeles ni las almas de los justos.

En 1848 surgió, pues, un nuevo fruto del paganismo, la misma magia antigua que Tertuliano describe; la serpiente bíblica quería ser adorada de nuevo por la humanidad, y la Iglesia necesitaba acogerse al auxilio de la Virgen Inmaculada, nacida para quebrantar la cerviz de la bestia. (21)



## IX

## LA NIÑEZ

LOS PECADOS A SANGRE FRIA.—LAS SOCIEDADES SECRETAS